

J.K. Rowling

HARRY
POTTER
y la
piedra filosofal



 salamandra

Título original: *Harry Potter and the Philosopher's Stone*

Traducción: Alicia Dellepiane Rawson

Ilustración de la cubierta: Tiago da Silva

Tipografía de la cubierta: Becky Chilcott Design Ltd.

Fotografía de la autora: Debra Hurford Brown © J.K. Rowling, 2014

Mapa de Tomislav Tomic © J.K. Rowling, 2014

Copyright © J.K. Rowling, 1997

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 1999

*Harry Potter, characters, names and related indicia are
trademarks of and © Warner Bros. Entertainment Inc.*

s15

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-656-1

Depósito legal: B-6.776-2015

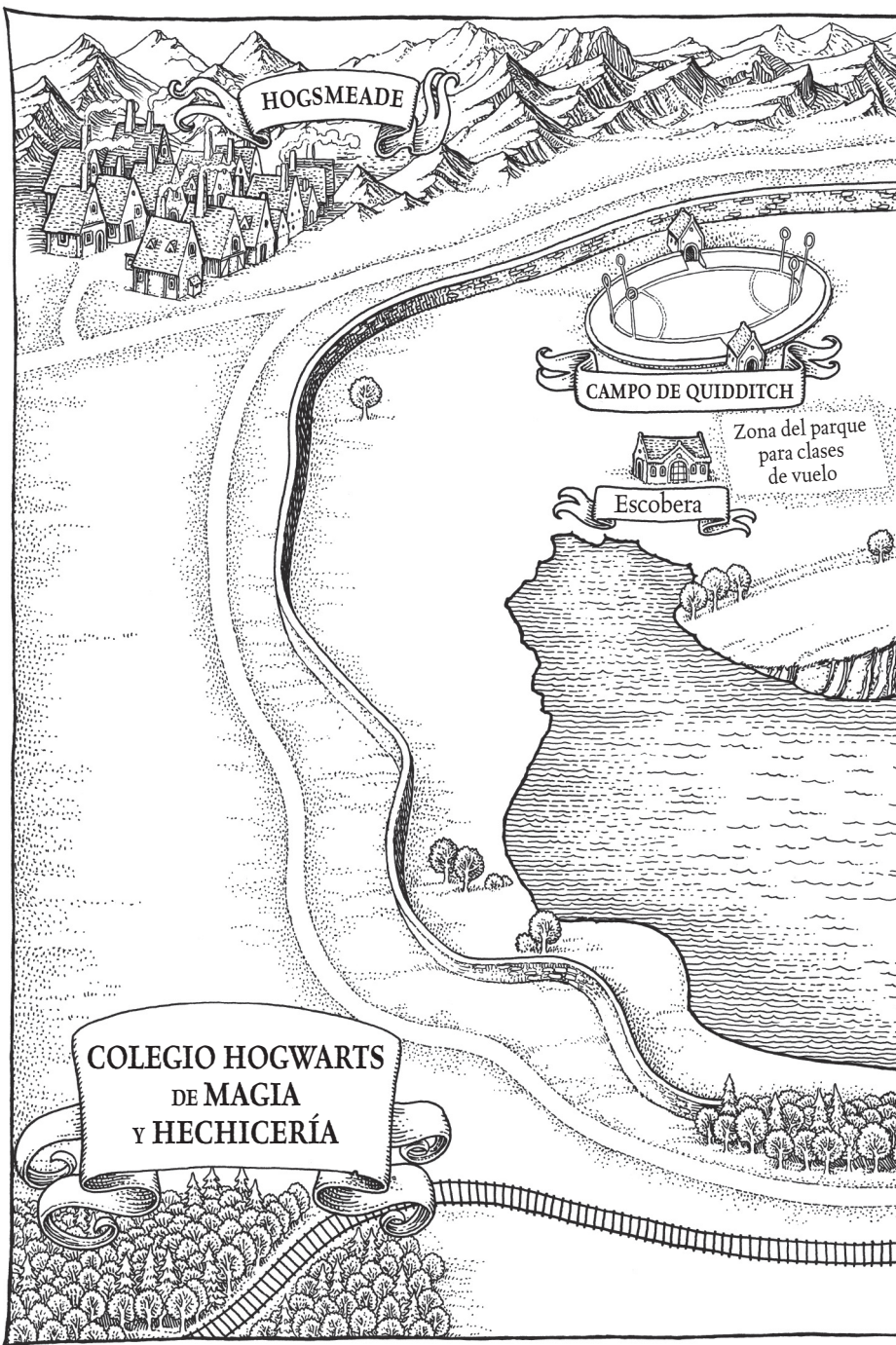
1ª edición, mayo de 2015

Printed in Argentina

Impresión: Arcángel Maggio-División Libros

Lafayette, 1695, Barracas

*Para Jessica, que ama los cuentos,
para Anne, que también los ama,
y para Di, que oyó esta historia primero*



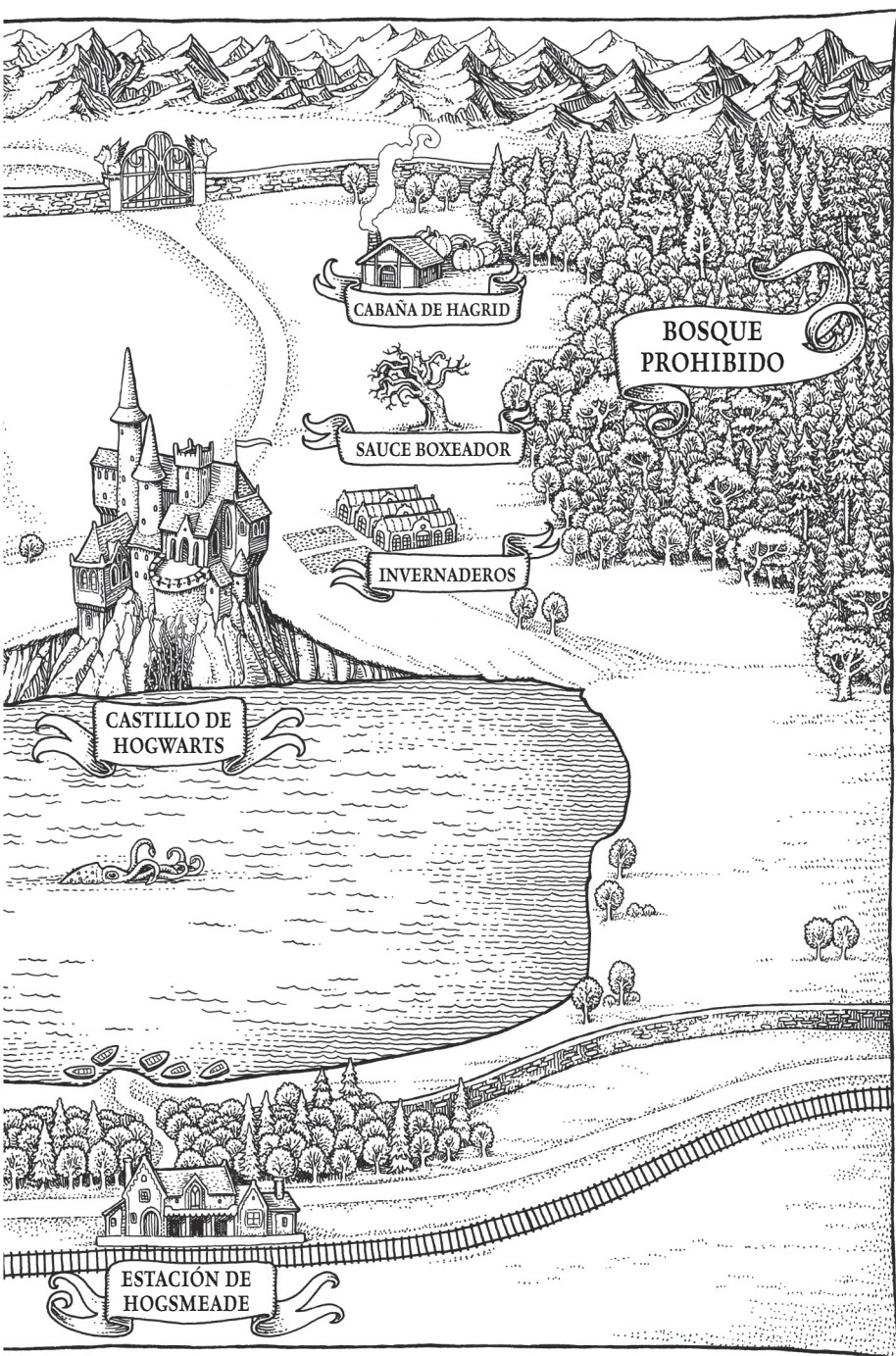
HOGSMEADE

CAMPO DE QUIDDITCH

Zona del parque
para clases
de vuelo

Escobera

COLEGIO HOGWARTS
DE MAGIA
Y HECHICERÍA



CABAÑA DE HAGRID

BOSQUE
PROHIBIDO

SAUCE BOXEADOR

INVERNADEROS

CASTILLO DE
HOGWARTS

ESTACIÓN DE
HOGSMEADE

**Harry Potter
y la piedra filosofal**

1

El niño que sobrevivió

El señor y la señora Dursley, del número 4 de Privet Drive, estaban orgullosos de decir que eran perfectamente normales y muy agradecidos por ello. Eran las últimas personas que uno esperaría encontrar involucradas en algo extraño o misterioso, porque no aceptaban esas tonterías.

El señor Dursley era el director de una empresa llamada Grunnings, que hacía taladros. Era un hombre corpulento y rollizo, casi sin cuello, pero con un bigote muy largo. La señora Dursley era delgada y rubia y tenía un cuello casi el doble de largo de lo habitual, lo que le resultaba muy útil, ya que pasaba la mayor parte de su tiempo estirándolo sobre las verjas de los jardines, para espiar a sus vecinos. Los Dursley tenían un hijo pequeño llamado Dudley, y para ellos, no había un niño mejor que él.

Los Dursley tenían todo lo que querían, pero también guardaban un secreto, y su mayor temor era que alguien pudiera descubrirlo. No creían poder soportar que alguien descubriera lo de los Potter. La señora Potter era la hermana de la señora Dursley, pero no se veían desde hacía años; de hecho, la señora Dursley simulaba que no tenía una hermana, porque su hermana y su marido, un inservible, eran todo lo contrario de los Dursley. Los Dursley se estremecían al pensar en lo que dirían los vecinos

si los Potter aparecieran en la vereda. Los Dursley sabían que los Potter también tenían un hijo pequeño, pero nunca lo habían visto. Ese niño era otra buena razón para mantener alejados a los Potter: no querían que Dudley se juntara con un niño como ese.

Nuestra historia comienza cuando el señor y la señora Dursley se despertaron ese martes gris y nublado. No había nada en el cielo con nubes que sugiriera los acontecimientos extraños y misteriosos que muy pronto ocurrirían por toda la región. El señor Dursley tarareaba mientras elegía su corbata más aburrida para el trabajo y la señora Dursley parloteaba feliz mientras forcejeaba para colocar al chillón Dudley en su silla alta.

Ninguno de ellos notó el gran búho pardo que pasaba volando por la ventana.

A las ocho y media, el señor Dursley tomó su portafolio, besó a la señora Dursley en la mejilla y trató de despedirse de Dudley con un beso, pero no pudo porque Dudley tenía un berrinche y tiraba su cereal contra las paredes. «Chiquilín», exclamó entre dientes el señor Dursley, mientras salía de la casa. Se metió en su coche y se alejó del número 4.

Al llegar a la esquina percibió la primera señal de algo singular: un gato que leía un mapa. Por un segundo, el señor Dursley no se dio cuenta de lo que había visto, pero luego torció la cabeza para mirar otra vez. Había un gato atigrado en la esquina de Privet Drive, pero no se veía ningún mapa. ¿En qué había estado pensando? Sin duda, era un problema de la luz. El señor Dursley parpadeó y contempló al gato. Le devolvió la mirada. Mientras el señor Dursley daba vuelta la esquina y tomaba la calle, observó al gato por el espejo. Ahora estaba leyendo el cartel que decía Privet Drive; no, mirando el cartel, los gatos no pueden leer carteles ni mapas. El señor Dursley negó con la cabeza y alejó al gato de sus pensamientos. Mientras conducía hacia la ciudad, no pensó en otra cosa que en un gran pedido de taladros que confiaba conseguir ese día.

Pero en las afueras de la ciudad, algo alejó los taladros de su mente. Mientras esperaba en el habitual con-

gestiónamiento matinal del tránsito, no pudo dejar de notar una cantidad de gente vestida en forma extraña. Gente con capas. El señor Dursley no soportaba la gente que usaba ropa ridícula. ¡Los conjuntos que usaba la gente joven! Supuso que ésa debía de ser alguna estúpida moda nueva. Tamborileó con los dedos sobre el volante y su mirada se posó en ese montón de extraños que estaban allí cerca. Cuchicheaban entre ellos, muy excitados. El señor Dursley se enfureció al darse cuenta de que un par de ellos no eran jóvenes. Ese hombre era mayor que él ¡y vestía una capa verde esmeralda! ¡Qué atrevido! Pero entonces se le ocurrió al señor Dursley que tal vez eso era una tonta manera de llamar la atención —esa gente evidentemente hacía una colecta para algo—, sí, tenía que ser eso. El tránsito avanzó y unos pocos minutos más tarde, el señor Dursley llegó al estacionamiento de Grunnings, pensando nuevamente en los taladros.

El señor Dursley siempre se sentaba de espaldas a la ventana, en su oficina en el noveno piso. Si no lo hubiera hecho así, le habría resultado difícil concentrarse esa mañana en los taladros. No vio los búhos que volaban a plena luz del día, aunque la gente en la calle sí los veía y los señalaba con la boca abierta, mientras pasaban uno tras otro los búhos. La mayoría de ellos no había visto un búho ni siquiera de noche. Sin embargo, el señor Dursley tuvo una mañana perfectamente normal, sin búhos. Gritó a cinco personas diferentes. Hizo varias llamadas telefónicas importantes y gritó un poco más. Estaba de muy buen humor hasta la hora de almorzar, cuando decidió estirar las piernas y cruzar la calle para comprarse un sándwich en la panadería.

Había olvidado a la gente con capas hasta que pasó a un grupo de ellos cerca de la panadería. Al pasar, los miró enojado. No sabía por qué, pero lo hacían sentir inseguro. Este grupo también susurraba con excitación y no pudo ver ni una alcancía. Cuando regresaba con un gran sándwich en una bolsa de papel, alcanzó a oír unas pocas palabras de lo que decían.

—Los Potter, eso es, eso es lo que escuché...

—Sí, el hijo de ellos, Harry...

El señor Dursley se quedó petrificado. El temor lo invadió. Se volvió hacia los que murmuraban, como si quisiera decirles algo, pero se contuvo.

Se apresuró a cruzar la calle y corrió hasta su oficina, le dijo a gritos a su secretaria que no quería que lo molestaran, tomó el teléfono y casi había terminado de marcar los números de su casa cuando cambió de idea. Dejó el aparato y se estrujó los bigotes mientras pensaba... No, era un estúpido. Potter no era un apellido tan especial. Estaba seguro de que había muchísima gente que se llamaba Potter y tenía un hijo llamado Harry. Y pensándolo mejor, ni siquiera estaba seguro de si su sobrino se llamaba Harry. Nunca había visto al niño. A lo mejor se llamaba Harvey. O Harold. No valía la pena preocupar a la señora Dursley, quien siempre se molestaba mucho ante cualquier mención de su hermana. No la culpaba. ¡Si él hubiera tenido una hermana así...! Pero de todos modos, esa gente con capas...

Esa tarde le costó concentrarse en los taladros y cuando dejó el edificio, a las cinco en punto, estaba todavía tan preocupado que tropezó con un hombre que estaba en la puerta.

—Perdón —gruñó, mientras el hombre diminuto se tambaleaba y casi cae al suelo.

Unos segundos después, el señor Dursley se dio cuenta de que el hombre usaba una capa violeta. No parecía disgustado por el empujón. Al contrario, su rostro se iluminó con una amplia sonrisa, mientras decía con una voz tan chillona que llamaba la atención de los que pasaban:

—¡No se disculpe, mi querido señor, porque hoy nada puede molestarme! ¡Hay que alegrarse, porque el Innombrable finalmente se ha ido! ¡Hasta los muggles como usted deberían celebrar este feliz, feliz día!

Y el anciano abrazó al señor Dursley y se alejó.

El señor Dursley permaneció completamente abochornado. Lo había abrazado un desconocido. También pensó

que lo había llamado «un muggle», fuera lo que fuese que significaba. Estaba desconcertado. Se apresuró a subir a su coche y dirigirse a su casa, deseando que todo fuera obra de su imaginación, algo que nunca había deseado antes, porque no aprobaba la imaginación.

Cuando entró en la senda privada, lo primero que vio —y eso no mejoró su humor— fue el gato atigrado que había visto esa mañana. Ahora estaba sentado en la pared de su jardín. Estaba seguro de que era el mismo, tenía las mismas manchas alrededor de los ojos.

—¡Fuera! —dijo el señor Dursley en voz alta.

El gato no se movió. Sólo le dirigió una mirada severa. El señor Dursley se preguntó si ésa sería una conducta normal en un gato. Trató de calmarse y entró en la casa. Todavía seguía decidido a no decirle nada a su esposa.

La señora Dursley había tenido un día bueno y normal. Mientras comían, le contó todo sobre los problemas de la señora de la puerta de al lado con su hija, y que Dudley había aprendido una nueva frase («¡no lo haré!»). El señor Dursley trató de actuar con normalidad. Una vez que acostaron a Dudley, fue al living a tiempo para el informativo de la noche.

—Y por último, observadores de pájaros de todas partes han informado que hoy los búhos han tenido una conducta poco habitual. Pese a que los búhos normalmente cazan durante la noche y es muy difícil verlos a la luz del día, hubo cientos de avisos sobre el vuelo de esos pájaros en todas direcciones, desde la salida del sol. Los expertos son incapaces de explicar la causa por la que los búhos han cambiado sus horarios de sueño. —El locutor se permitió una mueca irónica—. Muy misterioso. Y ahora, de nuevo con Jim McGuffin con el informe del tiempo. ¿Habrás más lluvias de búhos esta noche, Jim?

—Bueno, Ted —dijo el meteorólogo—, eso no lo sé, pero no sólo los búhos han tenido hoy una actitud extraña. Televidentes de lugares tan apartados como Kent, Yorkshire y Dundee, han telefoneado para decirme que en lugar de la lluvia que prometí ayer, ¡tuvieron un chapa-

rrón de estrellas fugaces! Tal vez la gente comenzó a festejar antes de tiempo la Noche de las Fogatas. ¡Es la semana que viene, muchachos! Pero puedo prometerles una noche lluviosa para hoy.

El señor Dursley se quedó congelado en su sillón. ¿Estrellas fugaces por toda Gran Bretaña? ¿Búhos volando a la luz del día? Y ese murmullo, ese cuchicheo sobre los Potter...

La señora Dursley entró en el living con dos tazas de té. Esto no era bueno. Tenía que decirle algo a su esposa. Se aclaró la garganta con nerviosidad.

—Eh... Petunia querida, ¿has sabido últimamente algo de tu hermana?

Como lo esperaba, la señora Dursley parecía molesta y enojada. Después de todo, normalmente fingían que ella no tenía una hermana.

—No —respondió cortante—. ¿Por qué?

—Unas cosas muy raras en las noticias —masculó el señor Dursley—. Búhos... estrellas fugaces... y hoy había en la ciudad una cantidad de gente de aspecto raro...

—¿Y entonces? —interrumpió bruscamente la señora Dursley.

—Bueno, simplemente pensé... quizá... que podría tener algo que ver con... tú sabes... su grupo.

La señora Dursley bebió el té con los labios fruncidos. El señor Dursley se preguntó si se animaría a decirle que había oído el apellido «Potter». Decidió que no se atrevía. En lugar de eso preguntó, tratando de parecer despreocupado:

—El hijo de ellos... debe de tener la edad de Dudley, ¿no?

—Eso supongo —respondió la señora Dursley con rigidez.

—¿Y cómo era su nombre? Howard, ¿no?

—Harry. Un nombre vulgar y detestable, si me lo preguntas.

—Oh, sí —dijo el señor Dursley, con una horrible sensación de abatimiento—. Sí, estoy de acuerdo.

No dijo nada más sobre el tema, y subieron a acostarse. Mientras la señora Dursley estaba en el baño, el señor Dursley se acercó lentamente hasta la ventana del dormitorio y escudriñó hacia el jardín de adelante. El gato todavía estaba allí. Miraba con atención hacia Privet Drive, como si estuviera esperando algo.

¿Se estaba imaginando cosas? ¿Todo esto podría tener algo que ver con los Potter? Si fuera así... si se descubriría que ellos eran parientes de un par de... bueno, no creía poder soportarlo.

Los Dursley se fueron a la cama. La señora Dursley se quedó dormida rápidamente, pero el señor Dursley permaneció despierto, con todo eso dando vueltas por su mente. Su último y tranquilizador pensamiento, antes de quedarse dormido, fue que, aunque los Potter estuvieran involucrados, no había razón para que se acercaran a él y a la señora Dursley. Los Potter sabían muy bien lo que él y Petunia pensaban sobre ellos y los de su clase... No veía cómo él y Petunia iban a ser involucrados en nada que tuviera que ver con esa gente —bostezó y se dio vuelta—, no podría afectarlos a ellos...

Qué equivocado que estaba.

El señor Dursley cayó en un sueño intranquilo, pero el gato en la pared del jardín no mostraba señales de tener sueño. Estaba sentado tan inmóvil como una estatua, con los ojos fijos, sin pestañear, en la esquina de Privet Drive. Apenas tembló cuando se cerró la puerta de un coche en la cuadra siguiente, ni siquiera pestañeó cuando dos búhos bajaron sobre su cabeza. De hecho, el gato no se movió hasta la medianoche.

Un hombre apareció en la esquina que el gato había estado observando, apareció tan súbita y silenciosamente que uno habría pensado que había surgido de la tierra. La cola del gato se agitó y sus ojos se entrecerraron.

Un hombre como ese nunca había sido visto en Privet Drive. Era alto, delgado y muy anciano, a juzgar por su pelo y barba plateados, tan largos que habría podido sujetarlos con el cinturón. Usaba ropa larga, una capa color

púrpura que barría el piso y botas de taco alto y hebillas. Sus ojos azules eran suaves, brillantes y centelleaban detrás de unos anteojos con cristales con forma de media luna y su nariz era muy larga y torcida, como si se la hubiera fracturado un par de veces. Su nombre era Albus Dumbledore.

Parecía que Albus Dumbledore no se había percatado de que había llegado a una calle en donde todo, desde su nombre hasta sus botas, eran rechazadas. Estaba muy ocupado moviendo su capa, buscando algo. Pero pareció darse cuenta de que lo observaban, porque de pronto miró al gato, que todavía lo observaba fijamente desde la otra punta de la calle. Por alguna razón, ver al gato pareció divertirlo. Rió entre dientes y murmuró:

—Debí haberlo sabido.

Encontró en su bolsillo interior lo que estaba buscando. Parecía un encendedor de plata. Lo abrió, lo levantó en el aire y lo encendió. La luz más cercana de la calle se apagó con un leve estallido. Lo encendió otra vez y la siguiente lámpara quedó a oscuras. Doce veces hizo funcionar el apagador, hasta que las únicas luces que quedaron en toda la calle fueron dos puntitos luminosos en la distancia, que eran los ojos del gato que lo observaba. Si ahora alguien miraba por la ventana, hasta la señora Dursley con sus ojos como cuentas, no podría ver lo que sucedía en la calle. Dumbledore volvió a guardar el apagador dentro de su capa y caminó hacia el número 4 de la calle, donde se sentó en la pared, cerca del gato. No lo miró, pero después de un momento, le dijo:

—Qué gusto verla aquí, profesora McGonagall.

Giró para sonreír al gato, pero éste había desaparecido. En lugar del gato, le estaba sonriendo a una mujer de aspecto severo, con anteojos de montura cuadrada, con la misma forma de las manchas que el gato tenía alrededor de los ojos. La mujer también llevaba una capa, de color esmeralda. Su cabello negro estaba recogido en un rodete. Estaba claramente disgustada.